

LA SED*

por

MIGUEL LUESMA CASTAN

*A mi padre:
Barro es mi profesión y mi destino.*

M. H.

I

Vengo de mí hacia tí, y en tu paisaje,
donde el ser o no ser, es ser más puro,
soy y seré; después, y en el futuro,
otros hombres serán y otro lenguaje.

Una casa de adobe es mi bagaje.
Soy barro y soy Miguel, y por lo oscuro
torno a volar. ¿Qué arcilla o triste muro
marca las horas de mi eterno viaje?

Voy arando mi sed, seco y sediento;
al construir mis surcos, agua nombro,
trigo que dé a mis campos la alegría.

Pobre poeta soy, y ahora me siento
restañado a tu piel, hombro con hombro,
tierra de mi Aragón, reseca y fría.

* * *

II

Vengo de la pobreza de dos troncos,
del residuo de dos pieles quemadas;
del sueño que murió sobre otro sueño.
Desde el no ser al ser, vengo del hombre.

* (Del libro: *Aragón, sinfonía incompleta*).

Miguel Luesma Castán

Mezclo sangre y sudor con surco y trigo.
Mezclo tierra y mujer con sed y barro.
Construyo y reconstruyo mi estatura.
Viador eternal, mi norte busco.

Vengo de ti, del polvo de tus campos;
salgo de tus entrañas al futuro,
y aun antes de nacer ya fui en tu vientre,
al perforar tus costas, mi otro aliento.

No sé de dónde parte esta andadura;
tal vez parta del alma o de otros mundos.
La vida hizo mi vida con su arado
sobre un brocal de mieses y caminos.

Sobre el aroma anciano de la noche
el amor fue zurciendo eternidades;
con su fuego y su lluvia entró en tu surco
y Dios me saludó desde sus fraguas.

Tu pobre piel de pan casi es un cosmos;
rebuscando calor se abrió al abrazo,
y al hacer su tristeza hizo la mía
desde no sé qué guerras de ternura.

Desde no sé qué tren o tiempo roto,
hacia ti he de volver, tierra; en tus campos
siembro sueños azules, nubes grises,
mezclo lluvia y sudor con pan y olvido.

* * *

I I I

De tanto andar y andar tu te haces, Ebro,
de la lluvia y el sol. Por nuestros campos
sangre chorreas, que antes fuera nieve,
constelación del mar, fuente de siglos.

Mis ojos en tus ojos, en tu música
nuevas hornadas sueñan: pan futuro.
A la grupa, en tu cauce, el día trota.
Denodados, los montes y los pueblos.

La sed

Eres madera y carne, bullicioso
río de lana, aceite, fibra y cáñamo,
abono germinal, fruta y estiércol,
riego y amor, la sed de Joaquín Costa.

Insaciable, hacia ti, tu delta busco
con la azada insepulta sobre el hombro,
con la sed, ya de antiguo, por la vida,
humanamente humano y siempre eterno.

Hacia la noche voy, yerros no juzgo.
El dolor me sapara de los muertos,
y llamo a Dios para tenerlo cerca,
por si me pesa el ser... y haber nacido.

Desde este Sinaí, desde estas ruinas,
con toda mi inquietud, sin disensiones,
intentándolo todo, me levanto,
pero vuelvo a caer. Es mi destino.

Te quiero sin saber cómo ni cuánto.
Te vivo, ¡mar en tierra! No hay palabras
entre las fauces de un nube rota:
se pierden en el mar, como mis sueños.

* * *

I V

Me pregunto por qué, por qué soy tierra.
¿Quién me dio mi vivir sin consultame?
¿Por qué tengo que ser y ser mi nombre,
Miguel a secas, pájaro cautivo?

Dicen que yo no entiendo. ¡Si entendiese!
¿Cómo entender la vida si no entiendo!
En tu surco seré, serán mis trigos.
¿No es bastante dolor que se me mueran?

Digo sed y Monegros; dicen, digo
y me atrevo a decir lo que no ignoras:
que te encuentras muy cerca, en lo indecible,
caminando hacia el diablo, a mano izquierda.

Miguel Luesma Castán

Si yo supiese, ¡tierral, te diría
no sé, cualquier palabra: río o Ebro.
¿El por qué? Mi Aragón. Si tú supieses
te daría mi vida... siempre, ahora.

Si digo pan, mujer, campo, llanura,
con las mismas palabras con que escribo,
en tu cuerpo, paisaje desnortado,
me tendré que morir, aunque me viva.

Salgo al sendero y soy tu arquitectura.
Buscando la razón, amo, y mis hijos
tierra son de mi tierra. En esta tierra
mapas son de mis mapas, mi futuro.

Me pregunto por qué, por qué en el Cosmos
existen tantos soles que no entiendo.
Por qué la sed, los surcos, la sequía
anquilosan las almas y las hunden.

* * *

V

En el tiempo tatué mi rebeldía.
Mi orfandad abismal. Seco rastrojo.
Mi angustia planetaria. Cuerpo vivo.
Mi mar, en tierra firme, de olas secas.

En el tiempo tatué mi tiempo humano.
Futuro del ayer. Sed que me ahoga.
Futuro del presente. Sed futura.
Eternidad eterna. Mar de fuego.

Vértigos en mi sangre. Sangre hicieron.
Páramos sin razón. Olvidos últimos.
Espejo sideral. Luz de mil lunas.
Deshabitados árboles y troncos.

Viendo pasar el río de la vida,
a mi mano retornan, inaudibles
rumores, lluvias rotas, senos húmedos,
cataclismos finales, tiempos viejos.

La sed

Pacen mis tierras hambre entrecavada.
Capiteles de polvo sobre el surco.
Llaves que ocultan penas que son mías.
Antiguo sol dormido en mi arrecife.

Cascada de mis muertes. Tierra roja.
Negrura equinoccial. Verso goyesco.
Instante ya vivido. Trazo abstracto.
Sinfonía en azul, irremplazable.

Yo soy en tu galaxia un fardo cósmico.
Vendimiador de penas. Noche abismo.
Muro crepuscular de sombra anónima.
Devorador de tiempo y treguas idas.

VI

Me adentro por mis campos, por mis sueños,
por mis rojas cascadas de pan muerto,
como el trompo que da mil y una vueltas
un día y otro más y otro distinto.

Pronuncio fuego y sed; bajo el poniente
pronuncio agua y fogón; desnudo me hallo
bajo este cielo azul, entre cenizas
que se llevan mis sueños más auténticos.

Los montes, polvo y hueso, van perdiendo
su silueta, sus flautas, sus esquilas.
Y en soledad, los mil paisajes idos,
callan su voz, perdiéndose en la noche.

Las estrellas nocturnas, inconscientes,
por umbrales muy tristes, como perros,
me ladran sus heridas planetarias
con sus bocas solares e implacables.

Por este adiós mojado en el estiércol,
los surcos sin edad cierran sus puertas
donde campos viejísimos y estériles
duermen su inercia gris, inacabada.

Miguel Luesma Castán

Ha subido la sed hasta los labios,
andante y musical se posa y pasa
con su invisible polvo, construyendo
una fosa común que nunca duerme.

Ha caído el verano. Desde el frío,
la noche duerme donde el hombre sueña,
donde el olvido sucio hila tristezas,
donde muere en mi pecho la esperanza.

* * *

VII

Cuando la piel terráquea rompa, en líneas,
el horizonte gris, tras el crepúsculo,
vendré hacia ti, marchando por lo infértil,
mi Aragón silencioso, más auténtico.

Esconderé los sueños más audaces
en un bolsillo oscuro de mi yunque.
Ajustaré mi adiós más expresivo
a la canción más bella de tu llanto.

Cuando en la tarde se haga, siempre se hace,
tu soledad más suave, más rojiza,
me detendré en tu beso, aunque me sepa
a tierra gris y parto dolorido.

El instante, quebrándose en las horas,
callará su canción, barro olvidado,
y tu esqueleto irrumpirá en mi polvo
con todas sus derrotas, apresándome.

Cuando las nubes lloren, si es que lloran,
latidos de algún mar, sobre este suelo,
sentiré a Dios anclado en esa nube
que esta vez se dejó la puerta abierta.

Cuando el pan en mi casa ocupe el centro,
reviviendo milagros y parábolas,
con su entrega de amor que da la vida,
seré como un portal abierto al mundo.

La sed

Y no sabré, ¡Dios mío!, si esto ocurre
noche a noche, en mi sangre, por mis venas,
o si al nacer de nuevo el nuevo día
el agua habrá nacido en nuestros campos.

* * *

VIII

El pueblo vive y sufre, hermano árbol,
lo mismo que hace un siglo y que mañana
El pueblo tiene sed, Job pena y ora,
y Juan, el labrador, sigue desnudo.

El hombre sueña y ara, hermano perro;
a dos pasos del río y su ternura,
junto al silencio mueren las simientes
en el arcón, sin fondo, de la tierra.

Soñando sol y mares de agua dulce,
el sueño labra sueños... y es el hombre.
Bajo ese toldo azul que nadie puso
zozobra su soñar, y eso es lo grave.

Bajo rebaños torpes de humo denso,
en mi mismo balance y en su quiebra
muere el hermano trigo; y sumo entonces:
muerte más muerte, cero a las espaldas.

Los naufragios más tristes y la tarde
decoran tu silencio, hermano surco,
y soy, en ti, y soy tierra en tu tierra,
y si te nombro a ti, nombro mi polvo.

Por esta piel quemada, hermano arado,
triunfa la sed, parsimoniosamente.
En otra latitud, y en el exilio,
los canales han muerto, y es lo triste.

A dos pasos del agua y su ternura
uno se siente solo y desespera.
Con su sudor terrestre sufre, olvida,
abre su surco nuevo y cierra tumbas.

* * *

I X

La sed lame con furia nuestra estepa.
La sed hace un gran siete en nuestros sueños.
La sed madruga siempre en las gargantas.
La sed se ha eternizado en nuestros campos.

Es la sed, son los hombres, es el polvo.
Es el cuadro que dice su amargura.
Es la sonata eterna de la muerte.
Es el sueño de un río maniatado.

Son los secos rastrojos, los bancales.
Es el agua que enferma, sus cenizas.
Son las fuentes del mal, sus agujeros,
los desniveles mudos de la sangre.

Y todo es un concierto sin acequias.
Y todo es un dolor desenlatado.
Y todo es un infierno por las sienes.
Y todo, ya sin voz, yace insepulto.

Más de pronto es la lluvia y en los campos
el trigo y el centeno son crecidos.
La cebada concéntrase en sus formas.
La sed se desespera y es vencida.

Es el sol, es el agua, son los henos,
los caminos, los montes, el esparto.
Es el amor sobre una piel inmensa.
Son sus maravillosos senos tibios.

Y es la fiesta un jilguero entre los labios.
Y es el abrazo fértil y es el beso.
Y es la nube un canal surto en el cielo.
Y es la brisa que nace y Dios sonrío.

* * *

X

Y estoy triste otra vez, entre despojos,
con mi esqueleto voy, ando mis pasos;
con el amor que sueño, y no es locura,
con mi fantasma voy, envejeciendo.

La sed

Poco a poco, entre péndulos insomnes,
esto que apenas es y ya se pierde:
mi espíritu mejor, ni laúd viejo,
agoniza en lo triste y me abandona.

Parda como un cadáver es la tarde,
donde muere, sin savia, el fruto seco.
Sobre el campo y la vid la peste truena
donde la sed engendra sus relámpagos.

Hicieron fuego y cena los pastores,
para matar al hambre, hombro con hombro.
Y se apagó, tras un ladrar de estrellas,
entre rumores, su rumor quebrado.

Mi Aragón ceniciento, ya sin música,
estepa sideral, río en reposo;
amargamente vives, amas, rezas.
En tu sahara yaces, malherido.

Cuando el beso del día fue llegando;
con el descrito adiós de su ternura,
mi fantasma se fue y quedé en silencio,
vacío, y tan sin nadie, como un cacto.

Poco a poco, este instante, tiempo huérfano,
viene y se para y pisa nuestros campos;
se ahoga en tierra negra y las simientes
mueren en su matriz de limbo antiguo.

* * *

X I

Yo voy soñando embalses, voy dejando
mi sombra tras la pana. Tras su vuelo,
como una flor de ausentes regadíos,
se marchita. La pobre está ya vieja.

Yo voy plantando pan, pan para todos;
zurciendo jotas, sueños siderales
que al borde del camino se me mueren.
Yo soy un alquimista fracasado.

Miguel Luesma Castán

Antes que el pueblo duerma en la gran noche
con su silencio astral, mundo en mis ojos,
jugando a hacer caminos, con la mente
jugaré a hablar con Dios y las estrellas.

Sobre el suspiro quieto de los surcos,
abono funeral de mi ceniza,
dando mi piel al aire, voy y vengo
para dar al desierto forma de hombre.

Mañana es hoy. La tarde es mi testigo,
porque a la postre Dios no es mal letrado.
Sus decretos eternos, siempre justos,
paz darán a mi carne y mi estatura.

Pido para mi tierra roja y fuerte
canales donde cante el agua clara,
esa fiesta mayor, ese futuro
donde los nuevos tallos no se agosten.

Huele la tarde a cromo atardecido.
Tal vez lo que ahora es sueño sea muerte.
Tal vez lo que ahora es vida sea sueño.
Quiero dormir mi escombros en este drama.

* * *

XII

Hoy el viento más fuerte lame el suelo;
con su invisible polvo ahoga mis pasos.
Hoy la tierra sedienta permanece
sola en su soledad, y sola sigue.

Hoy recorro estos pueblos. Qué vacío.
Las simientes más nuevas se han secado.
Y a la mañana, al fin, será otro día.
Otro año lloverá, si Dios lo quiere.

En el rostro del viejo campesino
veo surcos arados por las penas;
veo fuentes de sed, gritos anónimos.
Me sonroja lo triste de esta historia.

La sed

Sobre el pulmón del pueblo, hacia la nada
parten viejas promesas, como pájaros,
como ayer; después, dejan su ausencia
junto a un latir de sueños, casi oníricos.

Por el mundo complejo de la mente
las parcelas del miedo han penetrado;
noche y día, los hombres, noche y día
a otras tierras se fueron, como huídos.

Sólo quiere el que quiere o los que quieren.
Así la vida. El hombre. Dios o el Cosmos.
Es otoño, noviembre y hace frío,
y en barbecho quedó mi hogar lejano.

Hoy recorro su piel. ¡Tierra en mi tierra!
Hay una voz que dice: «Espera». Espero.
Alguien desde sí mismo ríe y llora.
Veo mi gesto en otros repetido.

* * *

XIII

Aquí yace mi canto en sus raíces,
en este instante eterno, en estas tumbas
del arado y del surco, en este olvido,
en este atarceder y su ceniza.

Pongo mi alma a soñar, pongo su música
en una flauta vieja entre los labios.
Pienso en el hombre, en mi Aragón, y luego
canto a la eternidad, canto a mi tierra.

Rimo sed con pasión noble y sublime,
con agua y con dolor, con la escultura
de este viento que dio vida a mi vida,
cisterna de un amplísimo futuro.

Como extraviado en mi alma, en su ternura,
en esta indivisible piel de toro,
el secano, dormido, permanece
en la parte oxidada de lo inmenso.

Miguel Luesma Castán

Todo es tierra. Detrás queda el misterio
de Dios. La muerte misma de las cosas.
Detrás queda el asalto de las lágrimas
cuando el hambre inaugura su reinado.

Me llaman resonancias que no entinedo.
Desde ancestrales fuentes, en la tarde
me nace amor, derrotas, triunfos, nombres.
¿Cómo he de descifrar estos enigmas?

Aquí yace mi canto, en el olvido,
junto a Dios, en la sangre, sobre el polvo
de esta tierra inmortal que el alma siente
vibrando en el confín del Universo.